

El peso de la invención en un mundo agotado. Socioambientalismo y feminismos en la cultura argentina actual



Lucía De Leone

Instituto de Investigaciones de Estudios de Género, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de las Artes, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina
lalulionline@yahoo.com.ar

En los últimos veranos, se han venido registrando elevadísimas temperaturas que obligaron a modificar el comportamiento (familiar, laboral, sanitario, habitacional) y la cotidianeidad de la gente, para afrontar el clima caliente que alcanza cifras inéditas y no queda más que aprender a adaptarse a la falta de suministro eléctrico y de agua en áreas urbanas y rurales de la Argentina. Abundan los cortes de calle, las protestas y quema de neumáticos y se llenan programas de noticias con rankings de las temperaturas máximas y mínimas alcanzadas en los últimos años. En los epicentros urbanos del país, el negocio inmobiliario se impone frente a la habitabilidad humana, y los barrios de casas bajas con pocos habitantes se transforman, de un día para otro, en espacios plagados de lánguidos edificios, en su mayoría eléctricos, de aspecto endeble, que alojan muchísima más gente de la que las instalaciones de luz pueden soportar. Frente a esta realidad exasperante, se hizo tendencia en redes sociales y se propagó en el decir común la consigna “No es calor, es desmonte”. Una expresión que concentra las consecuencias que viene produciendo a nivel mundial la deforestación descontrolada. Si el efecto invernadero constituía un proceso natural necesario para mantener templada a la Tierra, la acción del humano, con la emisión desmesurada de gases (dióxido de carbono, metano, en especial) que persisten en la atmósfera, lo ha convertido en un factor determinante para el calentamiento global.

A esto se suman varias cuestiones más. Pueblos enteros son fumigados con pesticidas, porque la vida que se preserva es la del producto de una economía basada en políticas de la muerte, que garantizan la subsistencia de un cultivo implantado a nuestra geografía —la soja y además modificada genéticamente— que cambió el paisaje rural y que ha arruinado para siempre ese terruño que hizo de la Argentina un modelo agro-ganadero. Bosques incendiados con tala de sus protagonistas —los árboles— y asesinato en masa de la biodiversidad para ganarle lugar al espacio natural. Extensas zonas sin acceso al agua porque se desvía el curso de los ríos para construir monumentos artificiales (diques, represas) en mitad de la naturaleza, cuyas riquezas obtenidas terminan escurriéndose por las fronteras y acatando los intereses de multinacionales extranjeras. Faunas liquidadas y empetroladas por la contaminación de los mares. Poblaciones indígenas subyugadas en sus propios territorios por los mismos que atentan contra su buen vivir y colonizan sus tradiciones, labores, espiritualidad, su visión holística del cosmos y su descubrimiento ancestral: el litio. Un cúmulo de

enfermedades respiratorias y alérgicas desatadas a causa de la invasión de la humedad, con partículas tóxicas proveniente de los incendios en la islas del delta del río Paraná. Una postal de la Argentina actual, “el país del humo”.

Como dije en otras ocasiones, la lucha socioambiental se enfrenta al aprovechamiento imprudente de los bienes naturales que llevan adelante empresas, cuya fábrica principal es la muerte en materia ecológica, humana y poblacional. Pero, a su vez, pone en evidencia cómo los estados intervienen en estos problemas de manera muy tímida, con complicidad o se retiran directamente. Partidos políticos conviven hoy con el activismo por el reconocimiento de la naturaleza como sujeto de derecho y los feminismos en general (es decir no solo desde la vertiente del ecofeminismo) instalaron la lucha que aún la subordinación de las mujeres y disidencias con la de la explotación desmedida de la naturaleza, entendiendo ambas opresiones derivadas de un orden capitalista heterocispatriarcal. Es en la misma era del llamado “Antropoceno” (con sus diferentes derivados conceptuales), que se grita cada vez con más fuerza que el humano (el *antropos*) y el varón no son dueños y señores del planeta ni integran la parte privilegiada de los binarismos que funcionaron como prisma para reconocer la realidad (cultura vs. Naturaleza; varón/mujer, etc.), sino tan solo una parte más del planeta y únicamente una más entre múltiples existencias que tienen los mismos derechos y garantías. Cuestionar la binarización del mundo es cuestionar las relaciones de poder y apostar por una ontología y una práctica democráticas, en que la explotación y el extractivismo abandonen sus lugares hegemónicos en las sociedades que generan desigualdades de clase, género, etnia.

La teoría y la práctica feministas hicieron suya la lucha de la naturaleza violada, la tierra taladrada por la siembra directa, mojada con sustancias químicas ricas en toxicidad y perforada por el *fracking*, la del flujo desviado del agua, la intromisión en el aire y el abuso sobre el fuego. En este sentido, los feminismos impulsan el respeto por las identidades sexoafectivas fluidas en todas sus percepciones y por la biodiversidad, en todas sus expresiones, de manera justa y equilibrada: desde vegetales y animales hasta hongos, plancton y microorganismos del suelo fértil, la materia en todas sus formas y las comunidades humanas. Todo aquello que, según la lógica destructiva del capitalismo patriarcal, no cumpliría las pautas de ganancia ni los tiempos productivos de la Nación y por eso hay que colonizar, domesticar y eliminar.

El problema medioambiental está marcado por un cambio climático que ha cobrado dimensiones extraordinarias y que si bien cuenta con una larga historia de luchas y concientización a nivel global y regional, desde hace unos años encabeza las urgencias reclamadas por activismos ecologistas autofinanciados, por movimientos sociales, por los afectados directos y por ciertos representantes de distintos partidos políticos. Se demanda que el tema sea prioridad en las agendas sociopolíticas, se constituya en una política de Estado y deje de ser un comodín publicitario y un mero oportunismo de los gobiernos de turno. Sin dudas, son las juventudes (y en su mayoría mujeres) el segmento poblacional que ha tomado mayor conciencia, que creció con pedagogías de sustentabilidad (reciclaje, reutilización, cuidado de los recursos, respeto por la naturaleza) y que, verdaderamente preocupada ya no por el destino sino por el presente del planeta, practica una conducta responsable y, en muchos casos, una militancia sostenida.

En los últimos años y, sobre todo tras la apertura que trajo la transición hacia una nueva normalidad, después de la pandemia por COVID-19, muchas escritoras, periodistas, académicas, músicas y actrices argentinas formalizaron un activismo socioambientalista que ya tiene su historia. En los dos últimos *8M*, las consignas principales reunieron preocupaciones ecofeministas, y durante la apertura de sesiones legislativas de 2022, acompañaron e intervinieron en la presentación del proyecto para el

tratamiento de una Ley de Humedales que penalice toda acción que ponga en riesgo la perdurabilidad planetaria. Desde al menos la década de 1970 se discute y se realizan convenciones y cumbres a nivel mundial sobre el problema de los humedales, que son ecosistemas únicos, una zona fangosa entre el agua y la tierra seca que aloja fauna, es sumidero de carbono, absorbe agua y protege al planeta de las inundaciones. Pese a la nobleza de este hábitat y los informes de científicos que exigían para los humedales derechos legales por su función vital para la Tierra, fue en nombre del desarrollo urbano y agrícola que la acción humana ha venido sedimentando y secando sus suelos para la construcción de autopistas, parcelas artificiales de cultivo o espacios con características concentracionarias para el engorde de ganado.

Este debate titulado “El peso de la invención en un mundo agotado. Socioambientalismo y feminismos en la cultura argentina actual” reúne un conjunto diverso de textos que, desde diferentes posicionamientos, prácticas y disciplinas, entrama un diálogo fluido sobre las urgencias medioambientales que nos acechan. En “Políticas del buen vivir: terricidio y espiritualidades no modernas”, Gabriela Balcarce analiza experiencias de poblaciones indígenas ante la usurpación de sus tierras y sus modos de estar en el mundo, desde un anclaje académico que se detiene a cuestionar la colonización de los saberes institucionales. Como investigadora, se pregunta qué discursos articular para dar cuenta de esa problemática y recurre a perspectivas de otras epistemologías no hegemónicas como las amerindias, descoloniales, antiespecistas y poshumanas. En segundo lugar, presentamos la “Carta Manifiesto” del Colectivo Mirá, formado por Claudia Aboaf, Gabriela Cabezón Cámara, Soledad Barruti, Maristella Svampa y “Periodista por el Planeta”, que surge como un acto de resistencia organizado para hacer frente a la explotación de los cuerpos y de la naturaleza. Uno de sus lemas es afirmar que no es que no hay planeta sin cultura, no hay cultura sin planeta; y su desafío mayor es desarrollar otros lenguajes de valoración como los ecoliterarios, que combinen el lenguaje de las ciencias con la lengua de la Tierra. El manifiesto se acompaña de imágenes y lleva las firmas de las personas, colectivos y agrupaciones que avalan la declaración de principios que se establece en pos de conseguir que la naturaleza sea un sujeto de derecho, cuestionando así las narrativas oficiales que, por caso, aseguran que la explotación extractivista es la única salvación para la Argentina. Para una nación soberana, sostiene, hacen falta océanos, poblaciones, alimentación, animales y territorios soberanos. Por su parte, la escritora y activista medioambientalista Claudia Aboaf, que ha escrito novelas distópicas englobadas en la *Trilogía del agua*, en el ensayo de este debate, titulado “Cuerpo a cuerpo” parte de la siguiente pregunta: “¿Cuáles son los cuentos que nos hemos contado para justificar ese dominio y provocar tanta muerte?”. Convencida de que las mujeres son las que saben de lucha y las que han salido a la calle como un cuerpo común (un cuerpo a cuerpo intergeneracional e interseccional) para conquistar derechos, pedir leyes y combatir el biopoder, cronifica su viaje a Alfarcito (Jujuy), donde las comunidades indígenas (con líderes mujeres) resisten a la minería del litio. La escritora como testigo participante y militante activa cuenta todo el ritual de la conversación con la Pacha como modo de habitar el cosmos y los hábitos de cuidado y protección del mineral (materia que tiene derechos) por fuera del sistema de explotación heterocapitalista y los tiempos de producción de una Nación enemiga. El texto se acompaña con fotografías tomadas *ad hoc*.

Si las artes, y en especial la literatura, tienen potencia creativa, así como imaginan escenarios apocalípticos en los que se gestionan ideas de finales también pueden idear reutopizaciones y simbiogénesis con aquello que afectó la destrucción. El poeta, escritor y crítico literario cordobés Cristian “Wachi” Molina, autor de *Machos de campo*, narra sus experiencias como afectado por las consecuencias patologizantes de la sojización de su pueblo natal —Leones— y como potencial enfermo por las humaredas del Paraná que le tocó vivir durante su residencia en la ciudad de Rosario. Se trata

de un texto que combina reflexiones acerca de las motivaciones socioambientales en relación con las disidencias sexuales que lo llevaron a posicionarse como “un puto que escribe” y una serie de poemas-manifiesto referidos a la soja y el humo que suele comunicar de manera performática tanto en eventos culturales como en marchas y protestas por el cuidado del planeta.

La escritora uruguaya Fernanda Trías narra el proceso creativo (que llevó investigación, pesadillas, inventiva y un trabajo arduo de escritura) de su novela *Mugre rosa* desde las ideas de ecoansiedad en el contexto del Antropoceno y la amenaza por el advenimiento de un terricidio. La autora recurre a datos oficiales de las Naciones Unidas y a referentes literarios para contextualizar la producción de una novela donde prima la enfermedad, la ruina, la desolación, el duelo, la muerte y los desechos humanos de la peste rosa en un Montevideo tan actual como estampado en el tiempo. Como en todos los textos de este debate, Trías también se pregunta por el lugar de enunciación y el posicionamiento ideológico para contar esta historia de devastación humana, poblacional y ecológica y encuentra un punto de contención: “el durante”, vale decir ni el tiempo de la producción capitalista ni el tiempo del fin de los tiempos.

Por último, el debate se cierra con el artículo “Por una narración ecoafectiva” de la especialista en literatura argentina y crítica literaria Alejandra Laera, la curadora de la muestra visual literaria “Una historia de la imaginación en la Argentina”, que se expuso en el Museo de Arte Moderno en CABA durante 2019. El texto de Laera parte de la obra “Mi vestido preferido” (que forma parte de ese catálogo) de la artista plástica Fernanda Laguna para llegar a la novela *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara, como dos instancias ecoafectivas en que la naturaleza ofrece una salida y los cuerpos enlazados en nuevas formas de comunidad se vinculan con la naturaleza y el cosmos sin confundirse ni contaminarse. En otra línea posible que traza para analizar la relación entre medio ambiente y género, ubica a las novelas *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin y *Mugre rosa* de Fernanda Trías y allí advierte cómo los fenómenos medioambientales y sus productos rechazan, expulsan, aniquilan, a los cuerpos femeninos que resisten inútilmente o terminan optando por el alejamiento.

Los textos del debate traman relaciones, discuten entre ellos, muestran enfoques disímiles que nutren el tratamiento del problema y ponen en escena los alcances y límites de las epistemologías para dar un mayor curso a la inventiva del arte.

Revisé y corregí este debate entre febrero y marzo de 2023, durante una ola de calor con temperaturas insólitas y constantes y siendo, además, afectada por cortes de luz extendidos en el tiempo. Soy una mujer occidental, blanca, con estudios completos, propietaria de una vivienda en CABA sin grandes problemas de salud y con un trabajo estable. Aun con todos esos privilegios, viví durante unas semanas en una pesadilla apocalíptica, en que a falta de humanos responsables terminé peleándome con máquinas, cortando calles, enfrentando a la policía, asociándome con personas desconocidas en una lucha común, buscando fresco y alojamiento en casas de allegados, familia y amistades, ayudando a personas de edad avanzada a bajar o subir los pisos de su edificio a oscuras, haciendo de los bares mi oficina para cumplir con mi trabajo, acompañando a mi hijo en esta aventura desgraciada de vivir como si estuviéramos en otra época con las exigencias de la vida actual, aprendiendo cuestiones técnicas referidas a la inversión energética y sobre todo involucrándome cada vez más activamente con la problemática socioambiental. Si yo había transitado bastante mal esos momentos, qué pasaba con quienes en el injusto reparto del mundo carecen de voz, de representación o, por el contrario, son quienes siempre tienen que poner el cuerpo y sufrir en carne viva todas las consecuencias. Terminé de cerrar este texto el 8 de marzo de 2023 en un bar de Flores, mi barrio (mi nuevo escritorio) donde

cuando releía la última versión del debate se cortó la luz. Dejé todo y me fui, como cada año, a la marcha del 8M.

En este sentido, enfatizo que este debate surgió y se pretende hoy más que nunca como un texto de intervención en el tejido sociocultural y procura, además de brindar información y análisis, contribuir a la concientización (Mirá, Sentí, Tocá, Olé, Degustá, Oí... la lengua de la Tierra) y sobre todo al componente de inventiva e imaginación y a la potencia que necesitamos para dar vuelta todo de una vez y para siempre.

